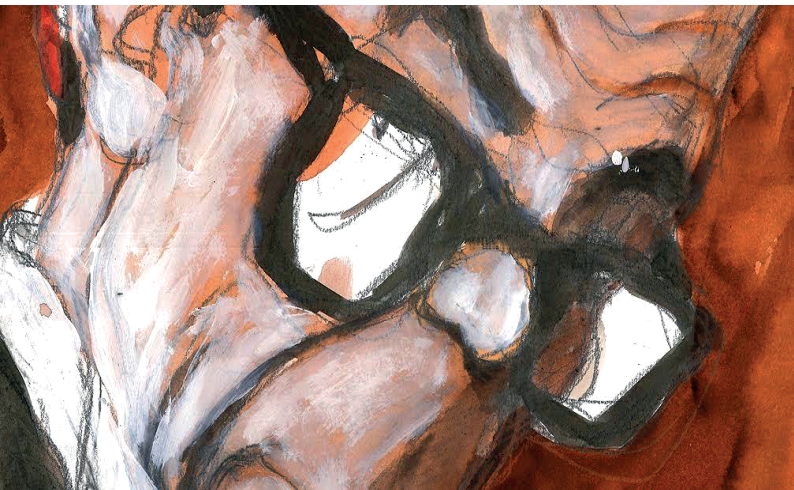


Hernán Vaca Narvaja

Rodolfo Walsh

Testamento



 Colección
liberalibro

UniRío
editora

Vaca Narvaja, Hernán
Rodolfo Walsh : testamento / Hernán Vaca Narvaja. - 1a ed. - Río
Cuarto : UniRío Editora, 2019.

16 p. ; 15 x 10 cm. - (Liberalibro)

ISBN 978-987-688-329-0

1. Periodismo Político. 2. Ensayo Político. 3. Presos Políticos. I. Título.

CDD 070.4

Rodolfo Walsh. Testamento

Hernán Vaca Narvaja

2019 © Hernán Vaca Narvajaa

© UniRío editora. Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel.: 54 (358) 467 6309
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unirioeditora.com.ar

Primera edición: Marzo de 2019

ISBN 978-987-688-329-0

Tirada: 3000 ejemplares

Ilustración de tapa: Juan Delfini

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial del texto de la presente obra en cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y escrito de la Editorial.

Despachó varias copias de la *Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar* con destino a las agencias nacionales e internacionales de información: un alegato contra el oscurantismo en el primer aniversario de la cruenta dictadura cívico militar que se hizo del poder la madrugada del 24 de marzo de 1976. Momentos después, cuando concurría a una cita “envenenada”, fue acribillado por una patota de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Hizo el ademán de sacar su pequeño revólver, haciendo caso omiso a los agudos graznidos de los represores, que le exigían una rendición a la que no estaba dispuesto. Estaba disfrazado de jubilado, con ropa holgada y un sombrero de paja. “Si algún día me agarran, no me llevarán vivo”, les había comentado a sus íntimos al detallar cómo funcionaba la devastadora maquinaria del terror que describió con perfección geométrica en la carta que acababa de despachar. “Lo que ustedes llaman aciertos son errores, lo que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades”, había escrito en un texto que sería considerado

“la obra maestra del periodismo universal” por el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez.

Por un instante, las imágenes traslúcidas de su amigo Paco Urondo y de su hija Vicky se convirtieron en un escudo protector contra la ráfaga de plomo que le atravesó el cuerpo. Se desplomó, herido de muerte. Vicky había resistido disparando desde la terraza de un edificio, hasta que tuvo la certeza de que la batalla estaba perdida. Entonces usó para ella misma su última bala: “Ustedes no nos matan, nosotros decidimos morir”, gritó ante los absortos soldados. Fueron sus últimas, proféticas palabras. Paco, sin chances de pelear, atrapado en un operativo de “pinza” en Mendoza, se tragó la pastilla de cianuro para evitar las calamidades que tan bien había descripto su entrañable amigo.

Rodolfo Walsh tal vez pensó en su compañera, Lilia Ferrerya, y los recuerdos se fusionaron con sus escritos. Repitió para sí las palabras que había escrito para su hija. “No podré

despedirme, vos sabés por qué. Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno y quizás te envidio, hija mía”. Con los ojos nublados por el dolor y las lágrimas, imaginó un posible reencuentro. Con su padre, un hombre que hablaba con los caballos; con su madre, que le leía las historias de Víctor Hugo a la sombra de un árbol en las calurosas siestas de la provincia de Buenos Aires.

“Si le quedaran cinco minutos de vida, ¿usted qué haría?”, le habían preguntado desde la revista *Leoplán* a su admirado Jorge Luis Borges: “Observar cómo es el principio de la muerte, cómo la muerte se va apoderando de la vida hasta aniquilarla. Posiblemente, mi experimento resultaría en vano como cuando, de niño, quería ver el momento en que uno pasa de la vigilia al sueño: siempre que estaba a punto de asistir al milagro, me quedaba dormido”, contestó el autor de *El Aleph*. Walsh, que por entonces tenía 30 años y era conocido por sus

cuentos policiales, prefirió la contundencia de una sola palabra: “Testamento”, dijo.

El testamento de Walsh no sería otro que *Operación masacre*, la tremenda investigación periodística que publicaría en diciembre de ese año en su primera versión de libro. Después sumaría *Caso Satanowsky* y *¿Quién mató a Rosendo?* Y dejaría trunca una investigación sobre las conexiones de la CIA norteamericana con la Triple A vernácula y el astrólogo José López Rega.

A partir de su experiencia en la investigación de los fusilamientos en el basural de José León Suárez —pesquisa con la que aspiraba obtener el Premio Pulitzer—, Walsh se fue alejando de sus ambiciones de pertenecer al establishment periodístico y literario de una Argentina que se empeñaba en esconder la verdad bajo la alfombra. Ninguneado por los diarios “serios”, optó por publicar sus denuncias en “un tremolar de hojitas mal armadas” como *Mayoría*, *Revolución Nacional* y *Propósitos*, todas publicaciones que denunciaban desde los

márgenes del periodismo las atrocidades de la mal llamada Revolución Libertadora.

Sintió vergüenza de su soledad. La misma que le produciría la muerte del Che: “Vergüenza no de estar vivo —porque no es el deseo de la muerte, es su contrario, la fuerza de la revolución—, sino de que Guevara haya muerto con tan pocos alrededor”, escribió entonces. Destino trágico el de Guevara, cuyo cuerpo oculto durante décadas sería identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense; destino trágico el de su amigo Jorge Ricardo Masetti, el periodista de la revolución, que lo había llevado a La Habana para cronicar desde *Prensa Latina* el surgimiento de un orden nuevo —“contradictorio, a veces épico, a veces fastidioso”— en la Cuba revolucionaria de Fidel Castro y el Che. Masetti desaparecería durante su incursión guerrillera en las montañas de Salta y su cuerpo nunca sería hallado —“se ha disuelto en la selva, en el tiempo, en la lluvia”—, como tampoco aparecería el del propio

Lilia y Rodolfo en Cuba





Walsh, devorado por las tenebrosas fauces de la ESMA.

Años atrás, Walsh había intentado develar el misterio de la desaparición de otro cuerpo, el de Eva Duarte de Perón, Evita. No lo lograría, pero su infructuosa entrevista con el coronel apropiador Moori Koenig inspiró su memorable relato titulado “Esa mujer”, considerado uno de los mejores cuentos de la literatura argentina.

La noticia de la muerte del Che conmueve a Walsh. Lo atrapa. Guevara muerto en soledad resulta inverosímil. Tan increíble como la noticia que, años atrás, había escuchado en el Club de Ajedrez de La Plata, frente a un vaso de cerveza helada: “Hay un fusilado que vive”. Su indignación motoriza la investigación, la escritura, el *testimonio*: “Me siento insultado —confiesa en el prólogo de *Operación masacre*—, como me sentí sin saberlo cuando oí aquel grito desgarrador detrás de la persiana”. El grito de un soldado que no dijo “Viva la Pa-

tria”, sino “No me dejen solo, hijos de puta”. Otro que murió en soledad.

En su cuento “Los ojos del traidor” (1952), Walsh escribió que el traidor húngaro Alajos Endrey, sentenciado a muerte, había donado sus ojos antes de ser fusilado. El favorecido, Josef Pondraz, ciego de nacimiento, pudo ver por primera vez en su vida, pero terminó enloqueciendo: cada vez que parpadeaba se le aparecía la imagen del pelotón de fusilamiento apuntándolo. Walsh descubría en ese relato lo que Borges nunca pudo: el umbral entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte.

Sin renunciar a la literatura —y a los sueños—, Walsh se sumerge en los meandros de la realidad. Y descubre, fascinado, que las historias reales suelen ser más inverosímiles que la ficción. Subvierte el estándar de los géneros (pre)establecidos, provocando una revolución en la escritura, capaz de parir textos tan disímiles como *Operación masacre* y “Esa mujer”. El primero, punto de partida para la configuración de una narrativa con aspiraciones éti-

cas y estéticas en el abordaje de la realidad; el segundo, la ficcionalización de una entrevista real, que la lleva más allá de la coyuntura para convertirla en una metáfora política del país.

Seguramente sin saberlo, y tal vez sin proponérselo, Walsh produce el nacimiento del relato de no ficción —el *non fiction* norteamericano que inmortalizará ocho años después Truman Capote con su libro *A sangre fría*—, construido desde las técnicas de la literatura (policial) sobre hechos estrictamente contrastables. Sus historias tendrán como protagonistas ya no a personajes, sino a personas, que relatarán crímenes reales a un narrador que renuncia a la tercera persona para inmiscuirse de lleno en la trama y asumir las consecuencias de su compromiso. Se trata ya no solo de *mostrar*, sino de *demostrar*. Mostrar *cómo* fueron los hechos; demostrar que fueron *tal cual* los cuenta el narrador.

Para mostrar, el relato periodístico es insuficiente, como lo demostró el magro resultado institucional de su investigación sobre los fu-

silamientos de José León Suárez. La literatura, en cambio, permite recrear los personajes, darles vida y generar empatía con el lector. Se trata de recurrir a un lector cómplice que lo auxilie en la búsqueda de la verdad. Y nada mejor para esa tarea que el lector de novelas policíacas, habituado a compartir razonamientos con el detective y elaborar sus propias conjeturas para develar la autoría de un crimen. Complicidad en el sentido estrictamente literario, se entiende: complicidad como sinónimo de *compromiso*.

Para demostrar, en cambio, el vuelo literario es un obstáculo, una valla insalvable que separa el razonamiento de la narración. Hay que despojar la prosa de metáforas, suprimir los giros lingüísticos, no adjetivar. Que la palabra ceda ante el peso de la evidencia. A partir de *Operación masacre*, Walsh repetirá la fórmula en todos sus libros testimoniales, que ordenará en tres bloques bien diferenciados: Las personas, Los hechos, La evidencia. Los dos primeros *muestran* lo que sucedió; el tercero *demues-*

tra que lo narrado se ajusta estrictamente a las pruebas recolectadas por el autor/investigador.

“Cuando escribí esta historia yo tenía treinta años —escribió Walsh en el prólogo a la segunda edición de *Operación masacre* (1966)—. Hacía diez que estaba en el periodismo. De golpe me pareció comprender que todo lo que había hecho antes no tenía nada que ver con una cierta idea del periodismo que me había ido forjando en todo ese tiempo, y que sí -esa búsqueda a todo riesgo, ese testimonio de lo más escondido y doloroso- tenía que ver, encajaba en esa idea. Amparado en semejante ocurrencia, investigué y escribí en seguida otra historia oculta, la del Caso Satanowsky. Fue más ruidosa, pero el resultado fue el mismo: los muertos bien muertos, y los asesinos probados, pero sueltos”.

El periodismo no es la Justicia, aunque en muchos casos tome su lugar. Tampoco es capaz de cambiar un régimen, aunque pueda ser fundamental para la toma de conciencia que termine derrocándolo. Las limitaciones de la

investigación periodística, aun cuando logre —como en su caso— desentrañar la madeja de la impunidad, fue una de las más dolorosas lecciones que aprendió Rodolfo Walsh. Pero su pluma logró al menos inmortalizar a las víctimas, preservarlas del olvido y reubicarlas en el contexto histórico de las atrocidades cometidas por la Revolución Libertadora, la burocracia vanderista y los grupos económicos más concentrados. Su aporte narrativo fue en definitiva un acto de justicia, un mojón de humanidad en la memoria colectiva de los argentinos y un testimonio irrefutable sobre las causas y consecuencias de la impunidad.

Muchos años después, Miguel Bonasso —quizás el discípulo de Walsh que más se aproxima a su estética en su libro *Recuerdo de la muerte*, un conmovedor relato sobre los mecanismos de destrucción física y psicológica que la dictadura utilizó en la ESMA— captó la esencia de *Operación masacre* y la exteriorizó al referirse a su propia obra: “La narración muestra, no demuestra. La novela permite des-

enterrar ciertos arcanos que a veces se niegan a salir dentro de las pautas más racionales de la crónica histórica, el testimonio de denuncia o el documento político”.

Si, como escribió, “el verdadero cementerio es la memoria”, además del límite entre el sueño y la vigilia, Walsh también superó a Borges al descubrir el secreto de la inmortalidad: desaparecido su cuerpo por la dictadura cívica militar, su obra perdura, se reimprime y se estudia en universidades, talleres literarios y escuelas de periodismo. Y él sigue ahí, incólume, radiante, provocador, en ese camposanto virtual —la memoria— que cada tanto profanamos para deslumbrarnos con la (re)lectura siempre cautivadora de su *testamento*.



Hernán Vaca Narvaja

Rodolfo Walsh

Testamento

El periodismo no es la Justicia, aunque en muchos casos tome su lugar. Tampoco es capaz de cambiar un régimen, aunque pueda ser fundamental para la toma de conciencia que termine derrocándolo. Las limitaciones de la investigación periodística, aun cuando logre —como en su caso— desentrañar la madeja de la impunidad, fue una de las más dolorosas lecciones que aprendió Rodolfo Walsh. Pero su pluma logró al menos inmortalizar a las víctimas, preservarlas del olvido y reubicarlas en el contexto histórico de las atrocidades cometidas por la Revolución Libertadora, la burocracia vandorista y los grupos económicos más concentrados. Su aporte narrativo fue en definitiva un acto de justicia, un mojón de humanidad en la memoria colectiva de los argentinos y un testimonio irrefutable sobre las causas y consecuencias de la impunidad.

ISBN 978-987-688-329-0



UniRío
editora



**Universidad Nacional
de Río Cuarto**
Secretaría Académica